

y del cual sólo podía distinguir los tejados, alineados con gran regularidad á los lados de la carretera. Luego dirigía de nuevo la vista á *La Voreux*, y la detenía en la parte baja de la pendiente arcillosa, en dos enormes montones de ladrillos, fabricados y cocidos allí mismo. Un ramal del ferrocarril de la Compañía pasaba por detrás de una empalizada para el servicio de la misma. Aquello no era ya, como la noche antes, lo desconocido de las tinieblas, los inexplicables estruendos misteriosos, el brillar de astros ignorados. Los altos hornos y los braseros de carbón se habían apagado al amanecer.

Lo único que no descansaba era el escape de la bomba de vapor, que seguía resoplando como cuando la vió por vez primera.

Esteban se decidió de pronto. Quizás habría creído ver, allá en lo alto del camino que conducía al pueblecillo, los simpáticos ojos de Catalina y su mirar ardiente. Acaso le decidiera cierto deseo de sublevación que arrancaba de *La Voreux*. No sabía lo que era; pero deseaba volver á bajar á la mina para sufrir y batirse, pensando con rabia en aquellas gentes de quienes hablara *Buenamuerte*, en aquel Dios misterioso, al cual daban toda su sangre, sin conocerle, diez mil hombres hambrientos.



PARTE SEGUNDA

I.

LA casa de los Gregoire, una posesión magnífica que se llamaba *La Piolaine*, se hallaba á unos dos kilómetros de Montson, hacia el Este, en el camino de Joiselle. Era un caserón grande y cuadrado, construído á principios del siglo anterior, y sin estilo arquitectónico definido.

De los grandes terrenos que lo habían rodeado en algún tiempo, no quedaban más que unas treinta ó treinta y cinco hectáreas, cerradas por una tapia. Había dentro de aquel muro una huerta y algunos árboles frutales muy estimados, porque decía la gente que daban las frutas y las legumbres más ricas de la comarca. No tenía parque; en su lugar se había conservado un pedazo de bosque.

Una avenida de tilos bastante bien cuidados, que conducía desde la verja de entrada á la puerta de la casa, constituía una de las verdaderas curiosidades de aquella inmensa llanura estéril, donde apenas existía algún árbol que otro desde Marchennes á Beaugnies.

Aquella mañana, los señores de Gregoire se habían levantado á eso de las ocho. Ordinariamente no daban cuenta de sus personas hasta una hora después, porque eran dormilones como ellos solos; pero la tempestad de la noche anterior les había desvelado. Y mientras el marido, al levantarse, salió á la huerta para ver si el viento les había hecho algún destrozo, la señora de Gregoire bajó á la cocina, en zapatillas y con una bata de franela. Aquella buena mujer, que pasaba ya de los cincuenta y ocho años, baja y regordeta, había conservado una cara sonrosada, de muñeca de porcelana, á pesar de la blancura mate de sus cabellos.

—Melanía—dijo á la cocinera;—puesto que tenéis masa, debíerais hacernos hoy un pastel. La señorita tardará aún media hora en levantarse, y tomaría un poco con el chocolate... ¡Eh! ¡Qué sorpresa!

La cocinera, una vieja que los servía desde hacía treinta años, se echó á reír.

—Verdaderamente será una grata sorpresa—dijo.—Tengo el horno encendido, y además, Honorina puede ayudarme.

Honorina, muchacha de veinte años de edad, á

quien la familia había recogido siendo niña, y que estaba educada en la casa, hacía en la actualidad las veces de doncella. Todo el personal de la servidumbre se componía de las dos mujeres y un cochero, Francisco, que además ayudaba á todo lo que era menester; un jardinero y su mujer cuidaban del jardinillo, de la huerta y del corral; y como en aquella casa había costumbres patriarcales, toda aquella gente, señores y criados, vivían en paz y en gracia de Dios, como buenos amigos.

La señora de Gregoire, que había meditado en la cama lo de la sorpresa del pastel, se quedó en la cocina para ver meter la masa en el horno. Aquella habitación, la más importante de la casa, era muy grande, estaba muy limpia y atestada de cacerolas, sartenes y todo género de utensilios culinarios. Olía bien por todas partes. Los armarios y los vasares veíanse llenos de toda clase de provisiones.

—¡Que esté muy doradito! ¿Eh?—dijo la señora, despidiéndose para entrar en el comedor.

A pesar de que un soberbio calorífero templaba toda la casa, en la chimenea del comedor ardía un magnífico fuego de hulla. Por lo demás, no se veía lujo ninguno: una mesa grande para comer, las sillas, un buen aparador de caoba, y solamente dos magníficas poltronas de muelles acusaban el amor al bienestar y las largas digestiones reposadas.

Casi nunca iban á la sala; generalmente recibían allí, en familia.

El señor Gregoire entraba en aquel momento, vestido con un chaquetón de abrigo, muy bien cuidado para sus sesenta años, y con facciones de hombre honrado á carta cabal. Había visto al cochero y al jardinero; ningún desperfecto importante: todo se reducía á una chimenea derribada. Por las mañanas le gustaba dar una vueltecita por *La Piolaine*, que ni era una posesión demasiado grande para proporcionarle quebraderos de cabeza, ni tan pequeña que le hiciera carecer de ninguna de las ventajas del propietario rural.

—¿Y Cecilia? ¿No se levanta hoy esa chiquilla?—preguntó.

—No sé cómo será eso. Me parecía haberla oído hace rato.

La mesa estaba puesta; había tres cubiertos encima del blanquísimo mantel. Mandaron á Honorina fuese á ver qué le sucedía á la señorita. Pero la doncella bajó en seguida, conteniendo la risa, y hablando en voz baja, como si estuviera todavía en la alcoba de su ama.

—¡Oh! ¡Si los señores vieran á la señorita!... Duerme, duerme como un lirón... Parece mentira... ¡Da gozo verla!

El padre y la madre cambiaron una mirada de ternura:

Él dijo sonriendo:

—¿Vienes á verla?

—¡Pobrecilla!—murmuró élla.—Claro está que voy.

Y subieron juntos. La alcoba de Cecilia era la única habitación verdaderamente lujosa que había en la casa; estaba tapizada de seda azul, ocupada con muebles de un gusto exquisito, de doradillo con filetes azules también; aquel era un capricho de niña mimada, satisfecha por sus padres. Entre la vaga blancura de la cama, gracias á la claridad que entraba por la entreabierta colgadura, dormía la joven con la mejilla apoyada en su desnudo brazo. No era bonita, pero tenía un aspecto muy saludable; estaba siempre muy buena, y se hallaba completamente desarrollada á los dieciocho años; tenía unas carnes magníficas, frescas, blancas, el pelo castaño y abundante, la cara redonda, con una nariz bien formada, pero medio escondida entre los carrillos. La colcha se había caído al suelo, y la joven respiraba tan suavemente, que ni siquiera se agitaba lo más mínimo su ya abultado pecho.

—¡Este maldito viento no la habrá dejado dormir!—dijo la madre en voz baja.—¡Pobrecita mía!

Pero el padre la hizo callar con el gesto. Uno y otro se quedaron un rato inclinados hacia el lecho, mirando con adoración, en su desnudez de virgen, á aquella hija por tanto tiempo deseada, y que habían tenido muy tarde, cuando ya desesperaban de que naciese. Y ella seguía durmiendo sin sentirlos, tan cerca de sí, que los semblantes de los dos casi rozaban con el suyo. De pronto, una sombra pasó rápida por su rostro inmóvil; y, temiendo desper-

tarla, el padre y la madre se alejaron de puntillas, sin hacer el menor ruido.

—¡Chist!—dijo él, ya en la puerta.—Por si ha estado desvelada, hay que dejarla dormir ahora.

—¡Todo lo que quiera, pobrecita!—añadió la madre.—Esperaremos.

Y volvieron á bajar, y se instalaron en las poltronas del comedor, mientras las criadas, riendo del pesado sueño de la señorita, ponían, sin impacientarse, el almuerzo á la lumbre para que no se enfriara. El había cogido un periódico; élla trabajaba en un cubrepies de crochet.

Estaba la habitación muy caliente, y en la casa no se oía ni el más ligero ruido.

La fortuna de los Gregoire, que sería de cuarenta mil francos de renta próximamente, estaba empleada toda en una acción de las minas de Montson. Ellos hablaban con complacencia del origen de su capital, que databa de la fundación de aquella Compañía minera.

Allá en los comienzos del siglo pasado se había desarrollado en el país una especie de locura minera desde Lilla á Valenciennes. Los primeros éxitos de los concesionarios, que más tarde formaron la Compañía de Auzin, exaltaron todos los ánimos. En todos los distritos de la comarca se sondaba el suelo y se formaban sociedades, y surgían concesiones en una noche. Pero entre los maniáticos de aquella época, el barón de Desrumaux había dejado recuerdo por su heroica inteligencia. Durante

cuarenta años luchó sin cesar contra todo género de obstáculos: con lo infructuoso de los primeros trabajos, con los filones falsos, que había que dejar después de muchos meses de trabajo; con los desprendimientos que cegaban las minas y con las repentinas inundaciones que ahogaban á los obreros; en una palabra: tiró cientos de miles de francos inútilmente enterrados; peleó con el barullo de la Administración, los pánicos de los accionistas y la codicia de los terratenientes, que se negaban á reconocer las concesiones si no se trataba antes con ellos... Al fin acababa de fundar la Sociedad *Desrumaux, Fauquenois y Compañía*, para explotar la concesión de Montson; y las primeras minas empezaban á dar algunos, aunque escasos beneficios, cuando dos concesiones contiguas á la suya, la de Cugny, que pertenecía al conde de Cugny, y la de Joissle, que era de la Sociedad *Cornille y Jenard*, estuvieron á punto de arruinarle, haciéndole la competencia. Felizmente, el 23 de Agosto de 1760 se firmaba un contrato entre las tres sociedades, convirtiéndolas en una sola. La Compañía de las minas de Montson quedó formada tal y como existe en la actualidad. Para el reparto se había dividido, según el tipo de la moneda de aquella época, la propiedad total en veinticuatro sueldos, cada uno de los cuales se subdividía en doce dineros, ó, lo que es lo mismo, doscientos noventa y ocho dinerós; y como cada dinero era de diez mil francos, el capital total representaba una

suma de cerca de tres millones. A Desrumaux, agonizando ya, pero vencedor al cabo, le habían correspondido en este reparto seis sueldos y tres dineros.

Por aquella época, el Barón tenía *La Piolaine*, con trescientas hectáreas de tierra, y á su servicio como *factotum* á Honorato Gregoire, un mozo natural de Picardía, que era el bisabuelo de León Gregoire, padre de Cecilia. Cuando se celebró el contrato de Montson, Honorato, que conservaba guardados en un calcetín unos cincuenta mil francos, producto de sus economías, se dejó ganar, aunque temblando, por la inquebrantable fe de su amo. Sacó diez mil libras en buenos escudos, y compró un dinero, con el miedo de cometer un robo en perjuicio de sus herederos. Su hijo Eugenio percibió, en efecto, beneficios muy pequeños; y como se había hecho burgués, y había cometido la tontería de comerse tranquilamente los otros cuarenta mil francos de la herencia paterna, vivió con bastante estrechez. Pero los intereses del dinero iban subiendo poco á poco, y la fortuna empezó á sonreír ya á Feliciano, el cual pudo realizar el sueño que, siendo niño, le había hecho concebir su abuelo, el antiguo *factotum* del Barón, esto es, comprar *La Piolaine*, desprovista por entonces de gran parte de las tierras que le pertenecían, y adquirida como procedente de bienes nacionales, por una cantidad insignificante.

Sin embargo, los años siguientes fueron malos,

porque hubo que aguardar el desenlace de las catástrofes revolucionarias, y luego la caída sangrienta de Napoleón. Y nadie más que León Gregoire pudo aprovecharse, en asombrosa progresión, del empleo medroso que había dado su bisabuelo á las economías que conservaba en el calcetín. Aquellos miserables millares de francos crecían al compás de las prosperidades de la Compañía. Ya en 1820 producían el ciento por ciento, es decir, diez mil francos. En 1844 rentaban veinte mil, y cuarenta mil francos en 1850. Hasta hubo años en que los dividendos subieron á la cifra prodigiosa de cincuenta mil francos: el valor del dinero se cotizaba á un millón en la Bolsa de Lilla; es decir, había centuplicado en el transcurso de un siglo.

El señor Gregoire, á quien aconsejaron que vendiese cuando llegó á tan extraordinaria alza la cotización, se negó á ello con la sonrisa bonachona que le era habitual. Seis meses después se produjo una crisis industrial, y el dinero bajaba á seiscientos mil francos de un golpe. Pero él seguía sonriendo y sin arrepentirse, porque los Gregoire tenían una fe ciega en su mina. Ya subirían las acciones con la ayuda de Dios. Además, á esa creencia religiosa se mezclaba una gratitud profundísima hacia el papel, que desde hacía más de un siglo daba de comer á la familia sin necesidad de trabajar. Era aquella acción de la sociedad minera algo así como una divinidad propia, á la cual ellos, en su egoísmo, rodeaban de un verdadero

culto, como al hada bienhechora del hogar, la que le mecía en su mullido lecho de pereza, la que le engordaba en su bien provista mesa de gastrónomos. Esto venía sucediendo de padres á hijos. ¿A qué arriesgarse á disgustar á la suerte, dudando de ella? Así es, que, en el fondo de su fidelidad, había un temor supersticioso: el miedo de que el millón de la acción que poseían se derritiese en seguida, al convertirlo en metálico para encerrarlo en el fondo de un cajón. Lo creían mejor guardado en el fondo de la mina, de donde un pueblo entero de obreros, generaciones y más generaciones de seres hambrientos, sacaba para ellos un poquito cada día, según las necesidades.

Por otra parte, la felicidad derramaba sus dones sobre aquella casa. Siendo muy joven, el señor Gregoire se había casado con la hija de un boticario de Marchiennes, una señorita fea y sin un céntimo, á la cual adoraba porque le había hecho muy feliz. Ella se había dedicado exclusivamente al cuidado de la casa, extasiada delante de su marido, y sin tener más voluntad que la de éste; jamás los habían dividido diferencias de gustos, porque el mismo ideal de pasarlo bien confundía sus deseos; y así vivían desde hacía cuarenta años, prodigándose todo género de ternezas y de cuidados recíprocos. Era aquella una vida muy arreglada; los cuarenta mil francos gastados sin ruido; las economías puestas á disposición de Cecilia, cuya tardía venida al mundo había trastornado por una

temporada el presupuesto doméstico. Y continuaban aún satisfaciendo todos sus caprichos; otro caballo, dos carruajes más, y algunos trajes que le enviaban desde París. Pero aquello era para ellos un motivo de placer, porque no encontraban nada que fuese bastante bueno para su hija, á pesar de que los dos tenían tal horror á las innovaciones, que seguían la moda de cuando eran jóvenes. Todo gasto al que no se le sacaba provecho, les parecía estúpido.

De pronto se abrió la puerta del comedor, y se oyó una voz fuerte, que gritaba:

—¿Qué es eso? ¿Almuerzan ustedes sin esperarme?

Era Cecilia, que acababa de saltar de la cama, y que llegaba con los ojos hinchados aún de tanto dormir. No había hecho más que recogerse el pelo y ponerse una bata de lanilla blanca.

—No por cierto, hija mía—dijo su madre:—ya ves que te esperábamos... ¿Eh, qué tal? Ese maldito viento te habrá tenido sin dormir toda la noche; ¿verdad, hijita?

La joven la miró muy sorprendida.

—¿Ha hecho viento?... Pues no lo he oído; he dormido toda la noche de un tirón.

Aquello les pareció gracioso, y los tres se echaron á reír, y las criadas, que entraban con el almuerzo, soltaron también la risa, como si el que la señorita hubiera dormido doce horas de un tirón fuera un motivo de alegría para todos los de la

casa. La vista del pastel acabó de poner alegres todos los semblantes.

—¡Cómo! ¿Está ya hecho?—decía Cecilia.— Buena sorpresa me habéis preparado... ¡Qué rico va á estar, así, calentito, con el chocolate!

Y se sentaron á la mesa, donde ya humeaba el chocolate, hablando largo rato del pastel. Melanfa y Honorina, en pie, daban pormenores sobre el dulce y la manera de hacerlo, y miraban á sus amos atracarse de lo lindo, diciendo una y mil veces, que daba gusto hacer pasteles para que los señores les hicieran tan bien los honores.

De pronto los perros comenzaron á ladrar; creyeron que sería la maestra de piano que iba desde Marchiennes todos los lunes y todos los viernes. Cecilia recibía también las lecciones de un profesor de literatura. Así es, que toda la educación de la joven se había hecho en *La Piolaine*, en una feliz ignorancia, entre sus caprichos de niña mimada, que tiraba el libro por la ventana cuando le aburría una lección.

—Es el señor Deneulín—dijo Honorina, que había ido á ver quién era.

Y detrás de ella entró en el comedor, sin cumplimientos, Deneulín, un primo de Gregoire, alto, buen mozo, de fisonomía animada, y con todo el aire de un oficial de caballería. Aunque pasaba ya de los cincuenta años, sus cabellos, cortados á punta de tijera, y sus grandes y espesos bigotes, conservaban toda su negrura.

—Sí, yo soy. Buenos días... Que nadie se moleste. No hay que levantarse.

Y tomó asiento, mientras la familia le saludaba afectuosamente. Al fin consintieron en acabar de tomar el chocolate.

—¿Qué te trae por aquí?—preguntó el señor Gregoire.

—Nada, absolutamente nada—se apresuró á decir Deneulín.—Salí á dar un paseo á caballo, y como pasaba por la puerta de vuestra casa, quise entrar á daros los buenos días.

Cecilia le preguntó por Juana y Lucía, sus hijas. Estaban muy buenas: la primera no soltaba los pinceles, mientras la otra, la mayor, no pensaba más que en cantar, acompañándose al piano todo el santo día. Y en su voz se notaba un ligero temblor, cierto malestar, que procuraba disimular fingiendo alegría.

El señor Gregoire replicó:

—¿Y en la mina, andan los negocios á tu gusto?

—¡Caramba! Me sucede lo que á todos; estoy fastidiado con esta maldita crisis que atravesamos... ¡Ah! Bien pagamos los años prósperos! Se han hecho demasiadas obras, demasiados ferrocarriles; se ha inmovilizado demasiado capital con la esperanza de una producción formidable. Y, es claro, hoy el dinero está muerto, y no hay medio de hacer funcionar todo eso... Afortunadamente, la situación no es desesperada, y se saldrá de este mal paso.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO
ABR. 10 25 MON.

Lo mismo que su primo, había heredado una acción de las minas de Montson. Pero como él era ingeniero, muy emprendedor, y deseaba poseer una fortuna real, había se apresurado á vender cuando las acciones se cotizaban á un millón. Hacía ya varios meses que estaba madurando un plan. Su mujer había aportado al matrimonio la pequeña concesión de Vendome, donde no había más que dos minas abiertas, *Juan Bart* y *Gastón-Maria*, en un estado de abandono tal, con un material tan antiguo y déficiente, que apenas cubrían gastos. Pues bien: ansiaba reparar *Juan Bart*, poniéndole máquina nueva y ensanchando los pozos, á fin de extraer más, y dejar *Gastón-Maria* nada más que para desahogo. Indudablemente, decía él, allí se va á sacar oro á paladas. La idea era buena. Pero el millón se había gastado en mejoras, y aquella maldita crisis industrial estallaba precisamente en el momento en que importantes beneficios le iban á dar la razón.

Por otra parte, mal administrador, de una bondad brusca, pero extremada, para sus obreros, se dejaba saquear desde la muerte de su mujer, abandonando la dirección administrativa de su casa á sus hijas, de las cuales la mayor estaba siempre hablando de dedicarse al teatro, y la más pequeña había enviado ya á las Exposiciones varios cuadros que no le habían admitido; una y otra, sonrientes siempre, en medio de los apuros propios de los malos negocios, preocupábanse poco de la ruina que

las amenazaba, porque pretendían ser muy mujeres de su casa y saber defenderse contra esa calamidad.

—Mira, León—replicó Deneulín, con la voz poco segura,—hiciste mal en no vender cuando yo... Y si me hubieras creído y me hubieras confiado tu dinero, sabe Dios cuántas cosas buenas habríamos hecho en nuestra mina de Vendome.

El señor Gregoire, que acababa de tomar el chocolate con la mayor calma, respondió tranquilamente:

—¡Jamás!... Bien sabes que yo no sé, ni quiero especular. Vivo tranquilo, y sería una estupidez buscarme quebraderos de cabeza con los negocios. Por lo que toca á las acciones de *Montson*, por mucho que bajen, siempre nos darán para vivir. ¡Es menester no tener tanta ambición. Además, ten presente que, como te he dicho muchas veces, te has de arrepentir, porque las *Montson* han de volver á subir, y puedes tener la seguridad de que los hijos de los hijos de Cecilia han de tener mucho dinero.

Deneulín lo escuchaba sonriendo con cierta turbación.

—¿De modo que si te dijera que interesases cien mil francos en el negocio mío, te negarías?

Pero al ver las inquietas fisonomías de los Gregoire, se arrepintió de haber caminado tan de prisa, y se propuso aplazar para más tarde sus planes de hacer un empréstito, reservándolos para un caso apuradísimo.

—¡Oh! ¡No es que lo necesite! ¡Era una broma!... ¡Qué demonio! Tal vez tengas razón; el dinero que se gana sin trabajar es el que más engorda.

Varióse de conversación. Cecilia volvió á preguntar por sus primas, cuyas aficiones la preocupaban. La señora de Gregoire prometió que llevaría á Cecilia á casa de sus primas el primer día que hiciese sol. Pero el señor Gregoire, con aire distraído, no estaba en la conversación; y al cabo de un momento continuó hablando en voz alta:

—Yo, si estuviera en tu pellejo, no me empeñaría en hacer imposibles, y procuraría entrar en tratos con los de *Montson*... Cree que lo desean mucho, y que recuperarías fácilmente el dinero.

Aludía al odio inmemorial que se profesaban los concesionarios de *Montson* y de *Vendome*. A pesar de la poca importancia de esta última Sociedad, su poderosa vecina se moría de rabia viendo enclavado en sus vastísimas posesiones aquel trozo de terreno que no le pertenecía, y después de haber procurado inútilmente arruinarla, se hacía la ilusión de poderla comprar por poco dinero, cuando fuesen mal los negocios de *Vendome*.

Continuaban haciéndose una guerra sin cuartel, despiadadísima, por más que los directores é ingenieros de una y otra mantenían corteses relaciones.

Los ojos de Deneulín habían brillado furiosos.

—¡Jamás!—exclamó con énfasis.—Mientras yo

viva, los de *Montson* no serán dueños de *Vendome*... El jueves comí en casa de Hennebeau, y noté que trataba de conquistarme. Ya el otoño pasado, cuando estuvieron aquí los consejeros de Administración de la Compañía, me hicieron mil carantoñas... ¡Sí! ¡Buenos están! ¡Conozco yo á esos duques y marqueses, á esos generales y ministros, más que las madres que los parieron! Unos bandidos, capaces de quitarle á uno la camisa, si lo encontraran en un camino.

No transigiría por nada del mundo. Por otra parte, el señor Gregoire no defendía al Consejo de Administración de *Montson*, compuesto de los consejeros nombrados por el contrato de 1760, que gobernaban despóticamente la Compañía, y de los cuales vivían cinco, que á la muerte de cada uno elegían al nuevo consejero entre los accionistas más ricos é influyentes. La opinión del propietario de *La Piolaine*, cuyos modestos gustos hemos descrito, era que aquellos señores faltaban á menudo á las conveniencias, por su excesivo amor al dinero.

Melanía había empezado á quitar la mesa. Los perros volvieron á ladrar, y ya Honorina se dirigía á la puerta, cuando Cecilia, á quien sofocaban el calor y lo mucho que había comido, se levantó de la mesa.

—No, deja; debe ser mi profesora.

También Deneulín se había levantado. Cuando vió que la joven no estaba allí, preguntó sonriendo:

—¿Y esa boda con Negrel?

—No hay nada decidido todavía—contestó la señora de Gregoire:—un proyecto en embrión... Es preciso pensarlo.

—Es verdad—contestó el pariente con su acostumbrada sonrisa.—Creo que la tía y el sobrino... Y lo que más rabia me da, es que la señora de Hennebeau sea la que parezca más enamorada de Cecilia.

Pero el señor Gregoire se indignó. ¡Una persona tan distinguida, y que tenía catorce años más que su sobrino! Eso era monstruoso, y no le gustaba que se tuvieran aquellas bromas en su casa. Deneulín, sin dejar de sonreír, le estrechó la mano, y se fué.

—Pues no es la profesora ahora tampoco—dijo Cecilia, volviendo á entrar en el comedor.—Es aquella mujer que nos encontramos el otro día... aquella mujer de un minero, que viene con sus dos hijos... ¿Entran aquí?

Hubo un momento de duda. ¿Estarían muy sucios? No, no mucho; y además, dejarían los zuecos en la antesala.

El padre y la madre, que habían vuelto á colocarse cómodamente en sus butacas, se acabaron de decidir por no variar de postura y tener que salir del comedor.

—Que entren, Honorina.

Entonces entraron la mujer de Maheu y sus dos pequeñuelos, los tres muertos de frío, hambrientos, asustados al verse en aquella sala donde hacía tanto calor y olía tan bien á pastel.



II.



En el cuarto de Maheu, que, como hemos dicho, se había quedado todo en silencio y á oscuras, había ido luego entrando poco á poco la claridad por entre las tabletas de las persianas; el aire, sin renovar, se iba haciendo cada vez más pesado, y todos continuaban durmiendo á pierna suelta: Leonor y Enrique, el uno en los brazos del otro, y Alicia con la cabeza echada hacia atrás, apoyada en su joroba, mientras el abuelo *Buenamuerte*, que ocupaba la cama de Zacarías y de Juanillo, roncaba con la boca abierta. No se oía ni el menor ruido en el gabinete donde la mujer de Maheu se había quedado durmiendo y dando de mamar á Estrella, con la cabeza echada á un lado, con su hija recostada sobre ella, y durmiendo á su vez después de harta de mamar.

El *cu-cu* de abajo dió las seis. Por todo el barrio